

LA CUESTION ROMANA

Hé aquí un problema de gran resonancia, que se suscita periódicamente con ocasión del fallecimiento del Vicario de Cristo y el nombramiento de su sucesor. La prensa mundial, y especialmente la de los países Católicos, pone espita a sus más solertes escritores para plantear la ecuación en conformidad con las indicaciones diplomáticas más aceptables, y se nos suelen servir en los días precedentes al Cónclave un acervo de estólicas profecías, cuyo único fundamento descansa en la ignorancia religiosa del plumista de ocasión.

Aun recordamos las cábalas de algunos periódicos a raíz de la nominación del Patriarca de Venecia para la Sede Papal. Conmenzaban por asegurar haber sido siempre muy estrechas las relaciones personales entre el purpurado véneto y la familia real italiana y deducían luego con paralogismos, modelos en el género, la vecindad de un arreglo definitivo entre el Vaticano y el Quirinal. Todo ello paramentado con infinidad de randas retóricas, sobradas para comunicar al escrito, en estimación de los leyentes sencillos, aires de verdad.

Y sentóse el Cardenal Sarto en la Silla de Pedro, y empuñó con vigor inesperado el timón de la barquilla del Pescador de Galilea, y gobernó por más de dos lustros la Iglesia Católica, y en la primera coyuntura donde las circunstancias le obligaron a emitir su parecer sobre la inicua expoliación de los Estados Pontificios, el Papa Pío X, el voceado amigo de los monarcas italianos, confirmó de todo en todo las enérgicas protestas de sus predecesores: el mansísimo e irreducible Pío IX y el sapiente y diplomático León XIII, mentado como ciclópea figura en el mundo del saber.

Y cuando le tocó su turno a Benedicto XV, perteneciente a la nobleza itálica, arreciaron los cálculos y las predicciones, llegando al apogeo al saberse sus disposiciones sobre el servicio militar y la intervención de los Católicos de Italia en la política de su nación. Pero el inmortal Pontífice de la Paz no introdujo un solo retoque en el programa trazado por el noveno de los Píos y observado con religiosa escrupulosidad de cuantos le han seguido en el régimen de la Iglesia Universal.

Llega Pío XI. Hombre de gabinete, criado en el apartamiento de archivos y bibliotecas, a donde apenas alcanzan los ecos del ruido mundanal y de los pleitos internacionales, se figuró la mayoría habérselas con quien, por consagrar todas sus energías al estudio, poco o nada pudo otear en los jarales situados más allá de los anaqueles de su librería, y cuando, al bendecir al pueblo romano reunido el día de su elección en la plaza del Vaticano, persistió en salir al balcón, contra la costumbre seguida por los Papas anteriores, un rugido de entusiasmo se dejó oír en el campo anti-clerical. ¡Al fin, el Pontífice Romano iba a ceder! ¡Como hasta el presente, no podía continuar!

Una vez más han salido fallidos los pronósticos de los profetas de redacción. El Papa Pío XI ha dirigido al Orbe Católico la Encíclica inaugural de su Pontificado, la cual viene a ser a un mismo tiempo documento histórico de alcance extraordinario y mensaje doctrinal de sorprendente majestuosidad, donde se dilucidan puntos tan interesantes como las causas y remedios del desorden moral y social, el papel que pudiera representar la Iglesia en la comunidad de los pueblos, acción colectiva e individual de la jerarquía eclesiástica, los errores del modernismo, las iglesias disidentes, relaciones entre el Poder



(Cortesía de la Revista "Ecos")

S. E. Illma, Mgr. M. F. O'Doherty,
Arzobispo de Manila.

religioso y las Potencias seculares y derechos de la Soberanía Papal.

Al desarrollar el último punto, traza con mano segura las líneas salientes donde descansa el inicuo robo de los Estados Pontificios llevado al cabo por las tropas italianas en el decenio de 1860 a 1870. Atrocinio coronado con la toma de la Ciudad Eterna, Capital del Orbe Católico, Sede de su legítimo Rey el Papa, a quien habrían respetado indudablemente las bayonetas del piemontés, si, a cambio de un puñado de zuavos, hubiesen encontrado junto al trono de Pío IX las tropas de Novara o las hordas de Menelik.

Pío XI declara en su Encíclica haber tenido la destrucción del Poder Temporal el carácter de una "violencia hostil" y sigue teniendo hoy el de una "violación del derecho", creando para la Santa Sede una "condición anormal", motivo de grave y permanente tristeza para los fieles del mundo entero. Y con manifiesta solemnidad, renueva y hace suyas las enérgicas protestas de Pío IX, de León XIII, de Pío X y de Benedicto XV, en nombre de los derechos y de la dignidad Pontificia, ya que los inapeables designios de la Providencia le han encomendado su defensa y reivindicación.

Y da la razón por que resulta inaceptable y "anormal" la llamada "ley de garantías", según las disposiciones de la cual ha de ejercerse la Soberanía de los Papas.

Pues descansando exclusivamente en una ley del Estado italiano, cuyos gobernantes pueden creerse en todo tiempo muy dueños de modificarla y aun de abrogarla, habiendo asimismo de ser ellos los árbitros de su aplicación e interpretación, resulta evidentemente incompatible con la libertad y la dignidad de la Sede Apostólica y con las justas exigencias de la Soberanía Pontifical.

Como se ve, si se examina la historia con mirada imparcial, de la excomunión lanzada por el gran Pontífice de la Inmaculada contra los expoliadores, hasta la bendición papal otorgada desde el balcón "exterior" por el actual Vicario de Cristo, ninguno de los Sucesores de San Pedro ha cedido una pulgada del derecho inmortal, de que son guardianes, aunque todos ellos hayan estado en cada momento igualmente dispuestos a dar fin a la violenta situación, como los autores del despojo quieran avenirse a un arreglo, donde al Prisionero del Vaticano se le garantice la absoluta e indispensable independencia territorial.

Los Papas han llevado siempre la transigencia hasta la misma frontera de lo lícito, y buena muestra de ello dió el mansísimo Pio IX con los revolucionarios de los Estados Pontificios, al ilusionarse con aquietar la fiera satisfaciendo una tras otra sus incontables caprichos; pero, cuando el dar un paso más equivaliera por ventura a traicionar sus sagrados deberes, se yergue sobre su pedestal inmovible la estatua de la Verdad y a las reclamaciones de la muchedumbre amotinada ante el palacio del Quirinal (entonces todavía residencia del Padre Santo), opone aquel mentado tríptico que la historia cuidará de conservar en sus archivos, como el "veni, vidi, vici" de Cesar: "Nen posso, non debbo, non voglio".

La "cuestión romana" continúa hoy tan en pié como el veinte de septiembre de mil ochocientos setenta, cuando entró en la Ciudad Eterna el ejército usurpador. Y la blanca silueta del solitario del Vaticano seguirá turbando los sueños ambiciosos del sacrilego piamontés...

JUAN CANNOVA.



(Cortesía de "La Defensa")

LA JERARQUÍA ECLESIASTICA DE FILIPINAS; (faltan dos obispos.)

